

EDICIÓN ILUSTRADA

ALBERT ESPINOSA

SI NOS ENSEÑARAN
A PERDER
GANARÍAMOS SIEMPRE



Si miras la vida de cerca, no tiene ningún sentido. ¡Aléjate y disfrútala!

Este libro entronca con ese increíble verso: «Al lugar donde has sido feliz no debieras tratar de volver». Es una de las verdades más grandes que existe y perder ese lugar jamás es triste porque siempre llegarán otros diferentes y mejores.

Índice

Prólogo

1. La vida siempre hay que mirarla de lejos
2. Almas violetas
3. Pentagramas con forma de autopistas
4. Reloj de arena y cenizas
5. Memorias a corto y a largo plazo
6. El olor del deseo
7. Curas encuadernadas
8. La belleza de la imperfección
9. La traducción es el arte que nace de un fracaso
10. La enfermedad de la felicidad
11. Dios es Down
12. El cuadro de la década
13. Puñales pequeños para grandes males
14. Las carretillas se ahorcan de las grúas
15. Fronteras mentales
16. Tratamientos no invasivos

17. El lado frío de la cama

18. Burbuja de felicidad

19. Ciegos emocionales

Epílogo

*Dedicado a todos los que jamás miran la vida
muy de cerca.
Si la miras muy de cerca, jamás tiene sentido;
si te alejas un poco, todo cobra sentido*

PRÓLOGO

Si nos enseñaran a perder, ganaríamos siempre es mi décimo libro. Por eso quería escribir unas historias diferentes que abrieran el abanico de mi mundo. Deseaba tratar temas en los que quizá jamás había incidido antes en ninguno de mis libros, pero también deseaba contar otras historias que emergen de mi universo, que me han acompañado durante años en mi mochila personal y de las que necesitaba desprenderme.

Son relatos muy especiales que espero que os toquen el alma y os ayuden a encontrar la energía para seguir en momentos en que el combustible flojea.

Yo siempre he pensado que sobre todo necesitas los libros cuando te hacen falta las palabras de otros para poder sanarte. Estos relatos los he basado en personas reales que me regalaron sus historias. Sus vivencias son curativas y me da la sensación de que alguna de ellas os modificará para siempre.

Siempre he creído que he tenido mucha suerte en la vida y pienso que esto tiene que ver con el hecho de que enfermarse de niño te ofrece el puzle completo sobre la vida y la muerte.

Esta frase que preside el libro me la regaló uno de los primeros amarillos de mi vida, una persona sabia a quien homenajeeé en *Si tú me dices ven, lo dejo todo... pero dime ven*. Fue mi padre hospitalario y rondaba los ochenta y cinco años, la otra pata junto con mi madre hospitalaria que más me ayudó a entender que las pérdidas pueden ser ganancias si haces el duelo suficiente.

En *Finales que merecen una historia*, mi primer libro de relatos, ella introducía cada cuento con alguna de sus citas; esta vez es él quien introduce cada relato con sus lecciones.

Pero como muchas de esas sabias citas ya han salpicado mis libros, he decidido extraerlas y ponerlas aquí todas juntas. Sus consejos han sido el motor de mis nueve libros y han aparecido en cada uno de ellos. Hoy por fin he colocado toda su filosofía completa con su voz en lugar de estar oculta entre mis personajes.

Para acompañar sus consejos he recogido las diecinueve citas de las que él siempre me hablaba. Creo que le hubiera encantado que sus lecciones flanquearan las de sus personalidades favoritas.

Debo confesaros que todas las historias que componen este libro entroncan con mi vida, con mis nueve novelas, con mis veintidós obras de teatro, con mis setecientos cincuenta artículos de periódico, con mis ocho películas, con mis dos series de televisión, con mis noventa y nueve libretas secretas y, sobre todo, con los susurros en forma de carta, *mail* o mensaje que me habéis regalado durante todos estos años de firmas y que guardo en un cofre que protege Cora L. V. Hatch, una autora del s. XIX, y donde está impresa esta frase: «No puedes cambiar la dirección del viento,

pero sí que puedes mover las velas para llegar siempre a tu destino».

Yo sabía que, en esas 29.000 cartas, en esos 897.000 *mails* y en esos casi 234.000 mensajes directos de las redes sociales estarían un día mis alas. Porque reconozco que vosotros sois ese viento que mueve mis velas para que llegue siempre a mi destino.

Os quiero explicar también que en cada libro pongo una canción en bucle mientras lo escribo y en este ha sido *Peces de ciudad* en tres versiones: la de Ana Belén, la de Joaquín Sabina y la de Rozalén.

Y es que este libro entronca con ese increíble verso: «Al lugar donde has sido feliz no debieras tratar de volver». Es una de las verdades más grandes que existe y perder ese lugar jamás es triste porque siempre llegarán otros diferentes y mejores.

Aunque, seamos sinceros, jamás lo decides tú, no eres tú el que no puede volver; es el sitio. Los ciclos se acaban por múltiples razones: el tiempo los modifica, la gente crece, las personas abandonan negocios, las formas cambian, la naturaleza se transforma y nada continúa igual.

No eres tú, es el tiempo el que no te deja volver porque aquel lugar ya no existe ni existirá jamás.

Es curioso, mi padre hospitalario decía que «nadie cambia, pero todo cambia». Entonces no le comprendía y ahora veo cuánta razón tenía. Por eso jamás me he aferrado a ningún lugar.

Y es por eso por lo que elegí esa canción. Yo tampoco deseaba volver a lugares donde ya había estado. Quería que fuese un libro nuevo, atreverme con géneros que jamás había tratado.

Espero que os guste este otro mundo que está en mi universo.

¡Ah!, y debo hablaros de esas secuencias que encontráis entre los cuentos. Para mí cada relato es como una película de cine y por eso quería que pudierais disfrutar de unos fotogramas. La increíble ilustradora Vero Navarro ha creado esas maravillas que, aunque parezca increíble, no son fotografías sino pinturas hechas a mano.

Os dejo con mis relatos, que os enseñarán a perder para que ganéis siempre. Porque, como estamos aprendiendo con el coronavirus, vivir es aprender a perder lo que ganaste. Cualquier pérdida, si haces el duelo suficiente, se transforma en una ganancia.

Espero que nos veamos pronto, lectores de este libro, nos abracemos y me susurréis más historias. Os necesito y os quiero.

ALBERT ESPINOSA
Barcelona, abril de 2020

«SIEMPRE QUE TE ACERCAS A UNA RESPUESTA,
EL UNIVERSO JUEGA CONTIGO PARA QUE
OLVIDES LA PREGUNTA.»

EL MUNDO AZUL. AMA TU CAOS

«NO CAMINES DELANTE DE MÍ, PUEDE QUE
NO TE SIGA. NO CAMINES DETRÁS DE MÍ,
PUEDE QUE NO TE GUÍE. CAMINA JUNTO
A MÍ Y SÉ MI AMIGO.»

ALBERT CAMUS

«LO DIFÍCIL NO ES ACEPTAR CÓMO ES UNO,
SINO CÓMO ES EL RESTO DE LA GENTE.»

EL MUNDO AMARILLO

1

LA VIDA SIEMPRE HAY QUE MIRARLA DE LEJOS

Eran gemelos, de esos idénticos, tenían catorce años. Uno de ellos tenía cáncer en un brazo, el otro no. Un año más tarde, a los quince, el mismo gemelo que lo tuvo en el brazo, ahora lo tenía también en el cerebro. El otro seguía totalmente limpio.

El pequeño, que había nacido unos segundos más tarde, se sentía culpable por no estar enfermo. Miraba con pasión a su hermano cuando le daban la quimio. De alguna manera, él también estaba sintiendo su cáncer. Verse reflejado físicamente, notar en su hermano las caras de dolor era como sentirlo en su propia piel. No era sólo empatía, sino que su hermano se había convertido en su reflejo enfermo.

El 14 de abril iban a operarlo del cerebro, iban a intentar extraerle esa masa que lo estaba enfermando.

Toda la familia sabía que las posibilidades de éxito estaban en un ínfimo 12 por ciento debido al gran tamaño del tumor y a la extraña zona en la que este se había instalado.

La noche anterior a la operación, Daniel, que era el mayor, miró a Miguel, que era el pequeño. Le quería decir muchas cosas cuando sus padres se fueran. Estos habían aceptado que fuera Miguel quien le cuidase aquella noche.

Los padres no querían al principio y se lo habían prohibido, pero en señal de protesta, Miguel se había rapado la cabeza. Fue un grito de impotencia, no deseaba ser ninguneado, necesitaba ser el hermano que cuida, no tan sólo el que observa en la distancia. Ese corte al cero fue su pasaporte para poder quedarse aquella noche tan importante junto a Daniel.

Miguel amaba a Daniel. La gente es tan idiota que piensa que amar contiene sólo unos sentimientos relacionados con el sexo, cuando es el sentimiento más enorme que existe y los hermanos, los pocos que se llevan bien, pueden llegar a amarse.

Tener un hermano que te ama es uno de esos grandes dones que te da el Universo. La mayoría tenemos que buscarnos a los hermanos durante toda la vida por el mundo, pero no es lo mismo.

Daniel también amaba a Miguel, sobre todo después de ver cómo le cuidaba, aunque a veces sentía celos de que pese a tener el mismo ADN, sus suertes fueran tan dispa-

res. Se sentía culpable de cobijar esos sentimientos, no deseaba que su hermano estuviera enfermo. Un día, un médico joven le intentó explicar el porqué, algo relacionado con la epigenética. Daniel no le prestó atención, porque no era una explicación científica lo que quería escuchar.

Aquella noche anterior a la operación del cerebro, ambos estaban nerviosos. Sabían que a las siete de la mañana se llevarían a Daniel y que quizá no volvería jamás. Miguel rompió el silencio, que sólo entrecortaba un programa deportivo al que no prestaban atención.

—Ya son las once de la noche, mamá dice que a partir de las doce no puedes beber ni comer nada. Si quieres, puedo ir a la máquina y comprarte todo lo que te apetezca.

Daniel no respondió, odiaba la máquina, no tenía nada que le gustase. Además, sonaba a la última cena de un condenado a muerte. No lo dijo porque no quería que su hermano se sintiese mal.

—Si prefieres que baje, puedo intentar comprarte algo en el italiano ese que tanto te gusta. Seguro que aún está abierto.

Daniel tardó en contestar. Lo que iba a decirle lo llevaba pensando durante los tres meses que hacía que estaba ingresado en aquella habitación. Esperaba que su hermano le comprendiese.

—Necesito salir, Miguel, quiero marcharme y hacer algo diferente a todo lo que he vivido durante mi vida. Mañana quizá muera, los dos lo sabemos. Y me faltan muchas cosas

por sentir. No comida italiana, sino emociones que desconozco. ¿Te parece bien?

Miguel no le entendió. ¿Quería que saliesen juntos de noche, de juerga, a pocas horas de una operación a vida o muerte? Tardó en contestarle, sabía que Daniel no se quedaría en el planteamiento, lo conocía tan bien como a sí mismo y sabía que se lo explicaría si él no respondía.

—Si te quedas en mi cama esta noche, unas horas, no se enterarán. Prometo volver a las seis de la mañana, que es cuando llegarán papá y mamá. Me llevaré el móvil, te llamaré si hay cualquier problema, pero me estoy volviendo loco aquí. No sé si lo puedes entender.

Miguel le entendía a la perfección. A nadie le gustan los hospitales, nadie ama estar entre cuatro paredes que huelen a medicina durante tantos meses. Pero también sabía que, si algo salía mal, él sería el responsable. Había prometido cuidarle.

Pero sospechaba que, si le explicaba aquello, su hermano lo desactivaría inmediatamente con promesas. Promesas de que nadie se enteraría, promesas de llegar a la hora.

Podía pedirle que fueran juntos, pero aquellas enfermeras eran como leonas, no le dejarían marcharse, y menos teniendo una operación al día siguiente.

Su hermano mayor le miraba con seguridad, aquel plan lo tenía en mente desde hacía tiempo.

Se imaginaba qué cosas deseaba hacer su hermano. ¿Sexo? Seguramente hablaba de eso, aunque no lo dijese

de forma abierta. Aunque quizá sólo se trataba de ver el amanecer borracho o de hablar con desconocidos de esos que te abren los ojos gracias a una conexión nocturna.

Tenía claro que aceptaría, incluso aunque le hubiese propuesto una locura. Era su hermano y no le iba a dejar en la estacada. Eso es lo que diferencia a unos hermanos de otros.

—Está bien, pero vuelve a las cinco, mamá siempre llega antes de tiempo y a las seis menos veinte seguro que aparece el anestesista ese que sabe distinguarnos.

Daniel sonrió como hacía tiempo que no le veía hacerlo.

—¿Tienes algo de dinero para dejarme?

—Tengo treinta euros que me ha dado mamá por si tenías hambre y querías la pizza.

—Es suficiente.

El hermano menor se los dio mientras se comenzaban a desvestir. Lentamente, le dio su camiseta verde y sus tejanos y se puso su pijama azul pálido. Aquella ropa olía a su hermano enfermo. Suspiró cuando se la puso, notó su dolor y un ligero cansancio le invadió. En cambio, sólo con ponerse la ropa de su hermano, Daniel se sintió mejor.

El cambio era irreconocible, parecía que nada hubiera pasado en aquella habitación. Su hermano mayor le abrazó muy fuerte. Lloraron con ese abrazo, era casi una despedida. Nada superaría aquel momento, ni siquiera el instante en que se lo llevarían a la operación.